

---

# **Elena Poniatowska**

## **Luz y luna, las lunitas**

Con fotografías de Graciela Iturbide

---

© Elena Poniatowska, 1994  
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria  
www.schavelzongraham.com

Diseño de colección: Planeta Arte & Diseño / Daniel Bolívar  
Fotografía de portada: © Olivia Vivanco  
Fotografía de contraportada: © Emmanuel Haro Poniatowski  
Fotografías de interiores: pp. 15, 26, 34, 35, 41: C. B. Waite  
p. 40: Niño voceador con un ejemplar del periódico *Juan Panadero* publicado en  
Guadalajara, Jalisco (1905)  
pp. 129-143: © Graciela Iturbide  
pp. 43, 107, 111, 118 y 123: © Tina Modotti  
pp. 68, 81, 180 y 181: © Archivo Fundación María y Héctor García  
p.58: Ruth D. Lechuga  
pp. 236, 264 y 266. Agustín Valdés Lima  
pp. 248, 251, 252, 256 y 257. Rosa Nissán  
pp. 260 y 265. Paula Haro

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.  
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.  
Avenida Presidente Masarik núm. 111,  
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo  
C.P. 11560, Ciudad de México  
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: octubre de 2023  
ISBN: 978-607-39-0569-5

Primera edición impresa en México: octubre 2023  
ISBN: 978-607-39-0510-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.  
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México  
Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

---

## ÍNDICE

El último guajolote .....	9
Vida y muerte de Jesusa.....	47
Juchitán de las mujeres .....	101
Los ojos de Graciela Iturbide .....	127
Se necesita muchacha.....	145
Las señoritas de Huamantla .....	233

---

## EL ÚLTIMO GUAJOLOTE

¿De qué quieres tu torta, muchacho?, le preguntaba a mi Perico. Yo se la quería preparar de plátano, de tamal o de frijoles, de algo que lo llenara, le hiciera bulto en la panza, de fideos o de coditos, pero él me decía que de jamón, hágame usted favor, ¡de jamón! ¿Y cuándo se la iba yo a hacer de jamón si apenas me alcanzaba pa' la telera?

Jesusa Palancares, *Hasta no verte Jesús mío*

«¡Mercaráááááán chichicuilotitos vivos! ¡Mercaráááááán chichicuilotitos cocidos!».

Vivos o cocidos los llevaba doña Emeteria en una canasta tapada con un trapo. Los vivos colgaban de su brazo para que no escaparan, cuicuirí, cuicuirí, y a los cocidos había que resguardarlos del polvo, de las miradas y de las tentoneadas. «Órale, órale, si no compra no mallugue». Emeteria canturreaba: «¡Mercarán chichicuilotitos vivos!», y éstos se revolvían en un montón de plumas y de huesos quebradizos y en la otra canasta yacían los ajusticiados, bien cocidos, exponiendo sus mínimas pechugas y sus muslos de orfebrería. La señora chichicuilotera venía desde el lago de Texcoco con sus pájaros acuáticos (los chichicuilotos viven en las lagunas y tienen patas largas, caminan a saltos los unos junto a los otros y clavan el pico al unísono para pescar el mosquito de la laguna). El lago de Texcoco se estancaba aquí luego a la vuelta de Lecumberri.

---

Allí empezaba a encharcarse el agua. El cerro del Peñón era agua y Emeteria, su comadre Nemesia, Finita su prima, Epigmenia la china y otros vendedores que tenían su casa a la orilla de la laguna tendían sus redes para traer a la ciudad su mercadería emplumada y desplumada. Pero como los chichicuilotos son pájaros migratorios, cuando la emprendían a otras lagunas la chichicuilotera extraía del agua el mosco cafecito de alas largas (distinto en todo al zancudo: el anófeles que al igual que Holofernes desenvaina la espada y transmite el paludismo). Este mosco que fue antes el alimento de sus chichicuilotos lo vendía en las casas para los canarios, zenzontles y cardenales que tras sus barrotes de oro probaban el manjar de los pájaros libres para luego digerirlo al sol junto a los geranios.

—¡Patos, mi alma, patos calientes!

La marquesa Calderón de la Barca dibujó en cartas para su brumosa Inglaterra a la indita vendedora de patos con su falda apretada en la cintura por una faja de colores, sus trenzas y sus pies morenos y descalzos.

—¡Mercarán patos! ¡Mercarán patttttts!

Este grito es hoy tan improbable como la descripción del Canal de la Viga que ofrece Antonio García Cubas en su *México de mis recuerdos*. Enumera las hileras de sauces que flanqueaban el magnífico embarcadero, la abundancia del follaje y el paseo que se extendía por verdes campiñas de arboledas, háganme el favor, en las calzadas de Niño Perdido, San Antonio Abad y La Piedad, y remataban al pie de las Lomas de Tacubaya salpicadas de sencillas casas de campo a las que acudía la gente para saborear el atole de leche y los buenos tamales cernidos, mientras los niños se mecían en los columpios que colgaban de las ramas de los árboles.

Todo nos venía de la laguna, el verdor y las hortalizas, el jabón y la levadura. De las zanjas de agua estancada,

---

doña Emeteria y su comadre Nemesia sacaban una capa gelatinosa, la colaban en forma de pastilla de jabón y la ofrecían a sus clientes para lavar los pisos y la ropa muy engrasada; era la lejía, más poderosa y eficaz que cualquier detergente. También ofrecían en la puerta de las casas el tequesquite, una levadura natural que se forma a la orilla de las lagunas saladas y que todos conocemos con el nombre de Royal y espolvoreamos en la masa para que infle y haga que los pasteles suban bonito, cualidad que hoy reclaman las golosinas industrializadas y los panqués sintéticos «esponjaditos, esponjaditos».

La vida nos venía del agua. En canoas y trajineras, ya vas, los campesinos traían de Xochimilco, de Míxquic y de Milpa Alta sus aguacates y sus manojos de rábanos, sus zanahorias, calabazas y chilacayotes y quien más quien menos pregonaba: espinacas, romeritos, verdolagas, habas verdes, ejotes y chícharos. Las hierberas ofrecían su epazote, su yerbabuena, su perejil y su culantro verde, y el pescadero padre y su hijo el pescaderito con sus pescados ensartados vendían pescado blanco o bagre fresco, ranas y ajolotes, charalitos cocidos envueltos en hojas de maíz o en grandes hojas de plátano y no faltaban los pescadores que vinieran desde Cuernavaca y de Jojutla (junto a sus compadres los cargadores de pencas de plátano) con sus pescados conservados en verdor para que no se les fueran a apestar.

Y por si esto fuera poco, además de las flores, los altos delfinios y los perritos, las nubes y las alhelíes, se cuajaban de flores los copetes de las trajineras: «Margarita» escrito con margaritas, «Catita» con claveles blancos, «Carmen» con claveles rojos, «Rosa» con rosas (así qué chiste), «Alicia» con pinceles y «Mariquita» y «Lupita» con maíz de teja. La música acompañaba a las góndolas

---

como en Venecia, *ese lunar que tienes, cielito lindo junto a la boca...*, y por allí bogaba la trajinera de los mariachis, los de a de veras, los de Jalisco, los de Cocula y Tecalitlán que ahora se han aposentado en el Tenampa, en la Plaza Garibaldi... *que todas las semanas cielito lindo domingo fuera...* Sus acordes tenían mucho de acuático; el guitarrón parecía arpa, la guitarra hacía olitas y el requinto sonaba como el mero vuelo de las garzas. «Atotonilco», «Chapala», «El Quelite», «Los dos arbolitos», «Échame a mí la culpa», «El Rey», ésa no la tenemos puesta, guitarras y violines en concierto mientras el remero hacía deslizar la embarcación sobre el agua sitiada por lirios acuáticos. Hasta jarabes podían zapatearse sobre el piso de madera de las trajineras mientras los mariachis parados en la punta más alta de la embarcación se confundían con los sauces llorones:

Señora, su periquito  
me quiere llevar al río  
y yo le digo que no

porque me muero de frío  
Pica, pica, pica perico  
pica, pica, pica la rosa

O la canción de los enanos:

Ay qué bonitos  
son los enanos  
cuando los bailan  
los mexicanos  
Sale la linda  
sale la fea  
sale la enana  
con su zalea

Hazte chiquito  
hazte grandote  
ya te pareces  
al guajolote.  
Ya los enanos  
ya se enojaron  
porque a la enana  
la pellizcaron.  
Sale la linda...

---

También las vendedoras de aguas frescas parecían emerger de la laguna, limpias y gallardas como los alcatraces, lustrosas de gotas de agua y de trenzas recién tejidas. La «chiera», muy melosa —según Antonio García Cubas—, ofrecía sus aguas: «Chía, horchata, limón, piña o tamarindo, ¿qué toma usted mi alma? Pase usted a refrescar». Las servían en grandes vasos de cristal con una jícara de calabaza adornada de pájaros y flores y todos pedían de horchata por espumosa y blanca como la leche, aunque ahora las amas de casa aseguren que es mejor la de jamaica por diurética. Sin embargo, sucede que no se escucha ya el ruido de la jícara en el agua cantarina sino el brusco zangolotearse de la licuadora porque la de las aguas frescas ha pasado, en no pocas ocasiones, a ser «la de los licuados» de fresa, de mamey, de alfalfa, de guayaba o de melón y el jugo de zanahoria que el extractor Turmix hace surgir, Diositosanto, con un infernal vahído de aspas, rodetes y tornillos.

Toda esta agua en la cual se fundó Tenochtitlan, las múltiples lagunas que nos rodeaban, los ríos que nos humedecían, eran una bendición. El valle de Toluca donde nacía el río Lerma era el más rico, el lago de Texcoco una valiosa fuente de aprovisionamiento, y mientras los sabios aztecas hicieron diques para evitar en época de lluvias las inundaciones, Enrico Martínez, que ahora tiene su calle, inició durante la Colonia la desecación del lago que no trajo sino calamidades porque nos resecamos como arenques, como pescado bacalao, como monjas con bigotes, y el polvo giratorio de las tolvaneras nos llenó de piedritas el alma y nosotros que éramos volátiles no supimos migrar como las golondrinas o los chichicuilotos que ahora sólo quedan en el recuerdo.

—¿No tomarán chichicuilotitos vivos? —cantaba doña Emeteria.



---

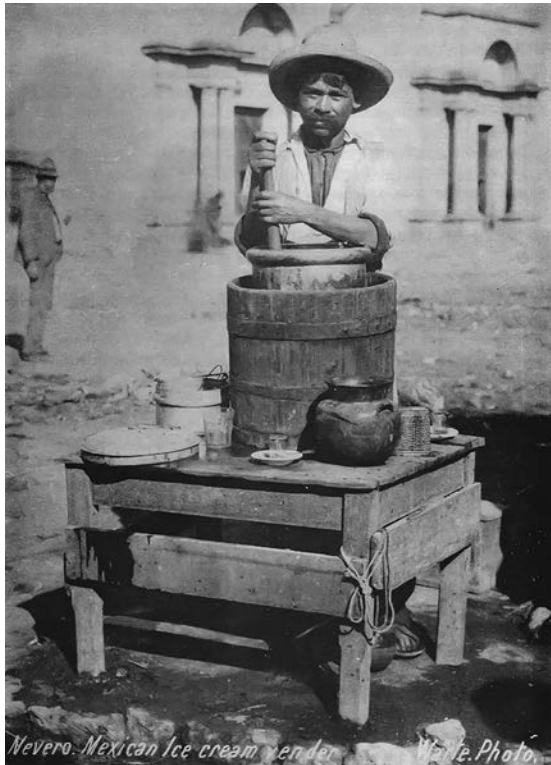
—¡Mercarán pollos! —voceaba el pollero con sus mareados e infelices pollos asomando su pescuezo de pollo por las rendijas del huacal.

—¡Vivos o cocidos los chichicuilotitos! ¡Mercarááááán chichicuilotitos!

No los alcancé a ver, los guardo en las litografías de la imaginación aunque mejor fuera tenerlos en las de Linatti. A los que sí conocí es a los guajolotes de la Navidad que desde el 1° de diciembre recorrían la Colonia del Valle a pie. Empujados por su dueño que los apuraba y los mantenía juntos con un mecatito amarrado a un palo, atravesaban la calle frente al rojo camión Colonia del Valle-Coyoacán y los motores rugientes. Primero eran muy numerosos y sacudían su moco y su cabeza interrogativamente. Yo sentía que no entendían y estaban preguntando algo para lo cual nunca tuve una respuesta (porque nunca he tenido una respuesta para nada). Quién sabe en dónde los resguardarían en la noche, pero echaban a andar al amanecer y desde la ventana podían verse sus lomos lustrosos de plumas pachonas y el rápido y sorpresivo rojo de su garganta así como su voz que se venía en cascada y permanecía en el aire durante muchas horas después de su partida. Para el día 24 quedaban pocos despertando sospechas, quizá tres, y el campesino de calzón de manta amarrado en los tobillos agitaba su mecate contra ellos. «No —le decía la señora—, ya está muy corrioso, a éste ni los zopilotes van a querer entrarle. Se imagina cuánto no habrá caminado desde que empezó el mes». El dueño no lo imaginaba, lo había pastoreado día tras día sobre el asfalto negro y caliente como comal ardiendo y al rato el guajolote había dejado de mirarlo para que no le viera la vergüenza en los ojos. Sólo gritaba cada vez más lastimeramente. En esta ciudad despiadada no había nadie para tomarlo en

brazos, nadie para acariciar su plumaje antes de meterle cuchillo, y él seguía allí parado como idiota, apergaminándose, los músculos más endurecidos que los de Charles Atlas. ¿De qué servían los muchos kilómetros caminados y la tantísima gente con la que se había cruzado? A veces lo escogieron de entre el montón para sopesarlo, a veces, también, cuando algún perro amenazó su integridad, el amo lo cargó un rato bajo la tupida sombra de su brazo, pero la mayor parte del tiempo había sido de caminar y caminar, caminar y caminar y ni modo de decirle al dueño: «Quiero quedarme parado en esta esquina para siempre».

—¿No tomarán chichicuilotitos vivooooos?



«NIEVES, NIEVES, DE LIMÓN LAS NIEVES»

---

Así como los chichicuilotos y los totoles, son los oficios de los mexicanos, de gire y gire por la calle, de língui-le y língui-le por la calle, de pata de perro por la calle. Trote y trote en trotes de nunca acabar, la mercancía en los hombros, la correa cortándole la frente, el chochocol en la espalda, el chiquihuite de las tortillas en el anca, los pollos en el huacal, los sombreros ensartados en un brazo —el fuerte—, el bote de hielo en la cabeza, los muebles de la mudanza en la parihuela, el niño a horcajadas, los personajes populares de la ciudad trotan al trotecito indio, trotan, acostumbrados a todo porque el oficio hace al hombre y Juan no es Juan sino el afilador y Conchita no es Conchita sino la quesadillera aquella del anafre y el aventador en la esquina de Independencia y San Juan de Letrán, la que fríe sus tortillas a flor de banqueta, las de flor de calabaza, las de papa, las de rajadas, y salpica de aceite los pies de los golosos que aguardan en círculo. En la calle también, el evangelista apuntala las ocho patas de su mesa y su silla sobre la piedra del portal de Santo Domingo. (También Sartre y Simone de Beauvoir escribieron ensayos filosóficos en el bullicio del Flore sobre las redondas mesitas de mármol en las que apenas cabe la tasa del express, pero nunca hicieron tan ocurrentes faltas de ortografía ni recurrieron a la retórica epistolar de América Latina.) La de las pepitas acomoda sus montones de semillas en la calle sobre una manta raída y el librero de viejo apenas si pone un periódico entre los incunables y el asfalto. Por eso los bibliófilos se acuclillan y don Joaquín Díez-Canedo tiene que agacharse hasta el suelo para hojear el rarísimo ejemplar de *Los errores científicos de la Biblia*. Los yerberos acomodan sus raíces y ojos de venado contra el mal de ojo, los frasquitos de concha nácar para las cicatrices, el mezquite, la cola de caballo y la doradilla, los remedios contra el

---

empacho y el aire constipado, el boldo y el istafiate para las muinas y la bilis derramada, los azahares para los nervios y el corazón, la lengua de vaca y las milagrosas pomadas para los callos y juanetes. Todos quedan al raiz, allí en el polvo del camino. El de los toques se recarga en el muro de la calle a esperar sombrío a su próxima víctima y también el bote de los tamales se pone a humear en la banquetta y sólo su grito se alza en el aire: «Aquí hay tamales de dulce, de chile y de manteca». El nevero que ahora trae un carrito con un paisaje nevado de pingüinos y pinos constelados, antes caminaba con su cubeta en la cabeza y en la mano una canasta con canutos envueltos en zacate: «¡Al buen canuto nevado!», pregonaba. «¡A tomar limón y leche, al nevero!». «¡A tomar limón y rosa, al nevero!». Bajo el sepia de la fotografía de su nevero, el fotógrafo Waite (que bien podría calificarse de fotógrafo de prensa o ambulante) estipuló: *Mexican Ice Cream Vendor*, lo cual resultaba mucho menos poético que la cantinela o los gritos de los vendedores que a lo largo del día llenaban la calle de mágicas proposiciones: «¡Cristal y loza fina que cambiar!». «¡Zapatos que remendar!». «Caños que destapar». «Tierra para las macetas». «¡Alpiste para los pájaros!». «¡Sillas para entular!». «¡Canastas, buenas canastas!». «¡Canastas y chiquihuites!». «¡Petates, tompeates y escobas de palma!». «¡Ropa usada y periódicos que vendan!». «¡Buenas palanquetas de nuez!». «¡Aquí hay atole!». «Ricas las gorditas de cuajada». «Tomillo, mejorana, muicle». «Botellas y fierro viejo que vendan», y aquellos pregones que consigna Antonio García Cubas: «A cenar, pastelitos y empanadas, pasen niñas a cenar».

El pastelero entonaba sus pícaras canciones para atraer a los clientes:

---

¿Qué te han hecho mis calzones  
que tanto mal hablas de ellos?  
Acuérdate, picarona,  
que te tapaste con ellos

«A cenar, pastelitos y empanadas, pasen niñas a cenar».

Como que te chiflo y sales  
Como que te hago una seña  
como que te vas por leña  
y te vas por los nopales

«A cenar, pastelitos y empanadas, pasen niñas a cenar».

El pobre que se enamora  
de mujer que tiene dueño  
queda como el mal ladrón  
crucificado y sin premio

El pobre que se enamora  
de una muchacha decente  
es como la carne dura  
para el que no tiene dientes

Y este que parece de Renato Leduc:

Un perdido, muy perdido  
que de perdido se pierde  
Si se pierde ¿qué se pierde  
si se pierde lo perdido?

Los rótulos en la calle también eran dignos de atesorarse aunque Antonio García Cubas los hizo desaparecer durante su gestión como Regidor. Él mismo, sin embargo, los apuntó:

---

EXPENDIO DE PAJA Y CEBADA  
FONDA AL ESTILO DEL PAÍS

LA INDEPENDENCIA MEXICANA  
POR MAYOR Y MENOR

EXPENDIO DE CARNES  
DE PEDRO GONZÁLEZ

FONDA DEL PROGRESO  
SE GUISA DE COMER

MADAME COUSSIN  
RAMERA DE PARÍS

Y otros despropósitos como éste: «La Reforma de la Providencia». Pero si García Cubas censuró los letreros callejeros, les dio alas a los gritos de los pregoneros: «¡Al buen turrón de almendra, entera y molida, turrón de almendra! ¡Hay sebooooo! ¡Jabón de Puebla! ¡Petates de cinco varas! ¡Petates de Puebla! (muy solicitados a pesar del dicho: «Hombre, perico y poblano no lo toques con la mano, tócalo con un palito porque es animal maldito»).

Los gritos modernos, los de nuestra época, son también requete bonitos como aquel pregón de los papeleritos anunciando el Zócalo: *¡Mató a su mamacita sin causa justificada!* o el de *Entre fumada y fumada, el General X prohíbe el uso de la mariguana*.

Guillermo Prieto, Francisco Sosa, Ángel de Campo «Micrós», Gutiérrez Nájera retrataron a los tipos populares de la ciudad de México, recogieron sus gritos, su vestimenta y su lenguaje y anotaron con cuidado sus observaciones. José Revueltas habla de la investigación que hizo Enrique Fernández Ledesma de *Los mexicanos pintados por sí mismos*, su nueva edición en 1935, y el descubrimiento de que los autores «anónimos» no eran sino políticos e historiadores de una vastísima cultura. Hilarión Frías y Soto, José María Rivera, Juan de Dios Arias, Ignacio Ramírez, Pantaleón Tovar y Niceto de Zamacoís. Pero yo siempre he



«OH, ESTE VIEJO Y ROTO VIOLÍN»

---

recorrido a Ricardo Cortés Tamayo para saber qué le pasa a mi ciudad, sus muchachos, sus perros y sus vagos, sus pirulís y sus muéganos, sus gritones de lotería de cartones y sus ferias de barriada. Él es quien me habla del «tameme» («y será tu herencia una red de agujeros»), como llamaron los indígenas al cargador, su cincha de ixtle o su mecapal atravesado en la frente, de los sebosos vendedores que antes repartían la mantequilla del estibador y su ágil carretilla, de don Ferruco en la Alameda, los vendedores de medias de popotillo, del «morrongo» de la carnicería, el que cuelga los cuartos de res y la media res y hasta el cochino entero en los ganchos de la carnicería y el que entrega a domicilio el aguayón, el filete, la falda y los pellejos del gato, su mandil enrojecido de sangre. Ricardo Cortés Tamayo es tan sensible y atento que sabe a qué horas se lo lleva a uno la Muerte Rumbera, qué cosa sucedió anoche en la Plaza Garibaldi y por qué son tan ricos los tacos de guisado en Santo Domingo. Lo consulto ávidamente, con reconocimiento y envidia; es el único que escuchó un martes 13 a José Revueltas, crudo y desmañado, arengar a los perros en el Parque Hundido, es el único que vio al panadero rodearse de pájaros por el solo encanto de su presencia, un muchacho de unos veinticinco años, pálido y delgado, que llevaba sobre la cabeza pintada de harinas una cachucha de panadero. Ricardo lo vio dejar al borde de la fuente de La Alameda su ancha canasta de pan ya vacía, y luego, de pie, cuan largo era, formar con las manos una especie de flauta para imitar los gorjeos y los trinos de los pájaros y finalmente soltar las manos, moverlas en el aire como alas y llamar así las aves que a los pocos minutos descendieron de las ramas más alejadas y giraron sobre su cabeza. «Lo vi con estos ojos que se ha de comer la tierra». Estoy en deuda con Cortés Tamayo.



---

Nunca he visto nada igual. Nunca, en mi recochina suerte, he tenido esta vida.

Antes el cartero traía uniforme cepillado y gorra azul y ahora ya ni se anuncia con su silbato, sólo avienta las cartas que saca de su desvencijada mochila bajo la puerta y emprende el vuelo en su bicicleta. Antes también entraba a la calle de Gabriel Mancera el afilador de cuchillos empujando su gran piedra montada en un carrito producto del ingenio popular, sin beca del Conacyt, y la iba mojando con el agua de un bote. Al hacerla girar sacaba chispas y partía en el aire los cabellos en dos, los cabellos de la ciudad que en realidad no es sino su mujer; a ella le afila las uñas, se las lima picuditas, le saca brillo a los dientes, le pule las chapas, la contempla dormir y cuando la ve vieja y ajada le hace el gran favor de encajarle un cuchillo largo y afilado que entra en su espalda de mujer recostada como en una mota de mantequilla. Entonces la ciudad llora quedito. Pero ningún llamado más sobrecogedor que el lamento del camotero que dejó un rayón en el alma de los niños mexicanos porque se parece al silbato del tren que detiene el tiempo y hace que los hombres y las mujeres en la milpa levanten la cabeza del azadón y la pala para señalar a su hijo: «Mira el tren, está pasando el tren, allá va el tren; algún día, tú viajarás en tren».

El tren va cargado, cargado ¿de? En ronda recibíamos la pelotita y respondíamos: pinole, garbancitos cubiertos, cacahuates garapiñados, burritos, huesitos de capulín, camotes de Puebla, alegrías, calabazates, pepitorias, marquesitas de pepita, cocadas, acitrones, cocos que la vendedora parte con una sonrisa, maíz tostado, frutas cubiertas, tejocotes clavados en una vara como solecitos de oro, barquillos de nieve de limón, chochitos, lagrimitas, gomitas. (Hoy pediríamos puras cosas picosas, chamóis, tamarindos

---

enchilados, jícamas, naranjas y mangos verdes partidos y salados.) Pero a mí, de niña, ninguno me impresionó tanto como el cargador o mecapalero o tameme, porque acompañé a mi abuelita Lulú Amor a La Merced a comprar un ropero de dos lunas (empañadas para no ver los recuerdos) y éste lo trajo a la casa (desde el centro hasta La Morena esquina con Gabriel Mancera) montado en su lomo, quebrándole la espalda, sostenido sólo por el mecapal, doblado en dos, deteniéndose apenas en las esquinas para levantar la vista y ver por dónde, a trote y trote. Uno le podía decir a cualquier cargador: «Quiero que me lleve esta cama a las calles de la Luna y del Sol» y él se iba solito caminando, el mundo sobre sus hombros, y si no llegaba (porque se perdía o se había desbarrancado) uno podía ir como Orfeo al infierno de la Delegación a denunciarlo: «Pues mire, licenciado, fíjese usted que el cargador número tantos no llevó las seis sillas, la cómoda, el ropero de pino blanco que cargó en La Merced a las once del día». Todos los cargadores tienen credencial y, al primer mal paso, no se la resellan. En Jalapa, Juanote es un mecapalero muy fuerte a quien le encantan los conciertos de la Sinfónica de Jalapa (la Sinfónica de Jalapowski —le dicen— porque el 80 por ciento de los músicos son polacos). Juanote lleva puesta su placa con un número de registro para que las autoridades sepan que es cargador, aunque bien podrá antojársele salir de la sala de conciertos con el piano a cuestras, el arpa y el chelo, así como el alma pesada de secretos del director de orquesta, lastrada por tantos aplausos, encores y violas de amore que a veces vibran por simpatía antes de que el arco las ataque.

A mí el mecapalero se me sentó en el alma porque una vez, en el *Diario de la Tarde*, salió una fotografía de Juan Gil Preciado, gobernador de Jalisco, que a lomo de indio

---

visitaba las zonas devastadas y atravesó así, cargado de caballito sobre otro hombre, muchas calles anegadas. Todavía hoy se inundan los periféricos y los pasos a desnivel, pero en el sexenio de Miguel Alemán las fallas de drenaje en los meses de lluvia hacían que se inundaran las calles de 16 de Septiembre, de Venustiano Carranza, y se instauró un servicio de cargadores que pasaban en brazos a las empleadas del Banco de Londres y México en la esquina de Bolívar y 16 de Septiembre. Pero como las señoritas cajeras no querían que las llevaran exactamente así, en brazos, de frente, de parejita, atravesadas sobre el pecho, apoyándolas sobre el corazón, el cargador tuvo que amarrarse a la espalda una sillita y en ella se trepaban las princesas que por la módica suma de dos pesos se encontraban del buen lado. Si a mí me escandalizó que el gobernador de un estado usara a otro hombre como bestia de carga, las inundaciones en el centro de la ciudad hicieron que los mexicanos se las ingeniaran para transformarse en Carontes y tendieran a sus tripulantes sus fuertes y patrióticos brazos, aunque a éstos se les ocurriera incluso regatear: «¡Ay, mire, que sea un tostón, fíjese que no peso nada!». Los mecapaleros se subían los pantalones hasta acá y se ofrecían en la esquina de 16 de Septiembre:

—¿Lo paso, joven, lo paso joven?

Y los que tenían mucha prisa y no querían mojarse, se montaban sin más en otro cristiano y así evitaban quitarse los zapatos y enrollarse los pantalones a media calle:

Vayan entrando

Vayan bebiendo

Vayan pagando

Vayan saliendo

---

Tal es el letrero que el dueño de La Sonámbula, Expendio de Pulques Finos, colgó encima de su mostrador porque por disposición de la «autoridá» a los bebedores les estaba prohibido permanecer en las pulquerías. «Órale, circulen». Se llamaban muy bonito: Semíramis, La Norma, La Sultana, La Reina, La Valiente, Pulquería de Sancho Panza, Mi Oficina, Pulquería del Moro Valiente, Orita Vuelvo, Aquí ni mi Suegra Entra. Edward Weston, que habría de sucederles en sus fotos a Lupercio y al norteamericano Waite, estableció en su diario de México una lista de nombres de pulquerías mientras Tina Modotti (a quien le encantaba la canción «Borrachita me voy») retrató a una mujer tirada en la banqueta frente a la advertencia «Prohibido el paso a mujeres y a vendedores ambulantes». Entre los nombres recogidos por Weston están: La Esperanza en el Desierto, Las Glorias de Juan Silveti, Las Primorasas, La Muerte y la Resurrección, Sin Estudio y Un Viejo Amor. Pero ninguno tan sugerente como el de Los Recuerdos del Porvenir. Jesusa Palancares habla de los efectos del pulque y cuenta que un día andaba por La Merced y al pasar frente a una pulquería, El Atorón, vio a una muchacha muy joven, muy chapeada arrullando a su criatura «y toda mosquienta, toda fea y vomitada. Ella seguía meciendo a su criatura pero de tan tomada se quedó bocabajo y en la botada devolvió encima de la niña. Por pura casualidad pasé yo por allí y la voy mirando. Entonces me dio horror. Dije: ¿A ese grado voy a llegar? ¡No, Dios mío! ¡Hazme la caridad de quitarme de la bebida!».

Nada de «maldito vicio que no me deja». A las pulquerías las pintaban con cortinajes, cordeles dorados, flecos, borlas, abanicos y paisajes, puestas de sol, palmeras y pavo reales y las bautizaban El Judío Errante o Un Viaje en un costado, Al Japón, en el otro. Casi todas las pulquerías eran

---

esquinas y el Japón suscitaba la magia del Oriente aunque en la pintura mural de la pulquería Un Viaje al Japón el ambiente fuera más bien versallesco, de largos cortinajes a rayas, guirnaldas y colgijes refulgentes como las tiendas que los sheiks de Arabia instalan en el desierto. Todavía hoy, una pulquería, El Gran Tinacal, Pulques Supremos, tiene murales de suntuosos cortinajes y sigue a la orden del día la imagen de la pulquería como oasis en el desierto. En la Zona Rosa, en la calle de Londres para más señas,



«POR LA PRESENTE, LO MANDO SALUDAR...»

una lujosa pulquería con mullidos asientos ofrece el curado de fresa, el de apio y los turistas acuden como a la Fonda del Refugio porque es una curiosidad iniciarse en la comida mexicana sobre un mantel de papel de china frente a un ramo de banderas de papel picado. El pato en pipián y el «mancha manteles» se sirven en loza de Tzintzuntzan y el pulque curado de tuna o de piña en elegantes «tornillos»

---

frente a bodegones y pinturas *naif* que recuerdan las haciendas pulqueras de los llanos de Apam.

Las calles de México están salpicadas de pulquerías, pero éstas no se reconocen porque «la autoridad» no permite que se les pongan letreros llamativos. Las combato ante todo por prejuicio social, porque el pulque es la bebida de la gente pobre, la gente baja, sin agraviar a los presentes, y «la autoridad» decidió de golpe y porrazo que era más respetable tomar cerveza y se empeñó en ponerles trabas a la venta y al consumo del pulque al mismo tiempo que impulsaba con lujo de propaganda la venta de cerveza aunque a veces la cerveza tiene más alcohol que el pulque. Antonio García Cubas cuenta que el pulque de nauseabundo olor se traía en sucios odres de cochino, a lomo de burro o de mulas y se indigna: «Sucio el licor, sucios los barriles, sucio el conductor, sucio el medidor y sucias las tinas. Parece increíble que tanta mugre produzca tanto dinero». La «autoridad» argumentó que el pulque no estaba preparado higiénicamente, que los tlachiqueros extraían el agua miel con la boca (pero ¿a poco los franceses no aplastaban las uvas con los pies?) y que todo lo que sucedía dentro de una pulquería, voy a partirlas toda su pinche madre, era prosaico y vulgar. Una serie de reglamentos hubieran impuesto la limpieza que se les exigió en un principio a las cervecerías (aunque algunas con su serrín mal barrido son también muy sucias), pero sobre el pulque pesaba la maldición del «tlachicotón con moscas» y la condena social. En *Él Espía del Gran Mundo*, como se llamó una pulquería de entonces, los pulqueros atendían con su «panza de pulquero» y en mangas de camisa. El pulque es la bebida de los pelados, del arrabal, la del manazo en la boca: «Niño, tienes boca de cargador»; los cargadores beben pulque como lo hacen todos los pobres.